

Diversos modos de ayudar al Catolicismo en Nuestra América

José Cortina de Varona, Pbro.

Entre los sacerdotes extranjeros que llegan a nuestra América se pueden distinguir dos grupos bien diferenciados: muchos, la mayoría, vienen a colaborar abnegadamente en el esfuerzo de evangelización de nuestros pueblos, poniéndose al servicio de nuestras autoridades eclesíásticas y perseverando años y años en esta dura labor, con gran fruto de las almas. La Iglesia se lo agradece y celebra que hayan dado generosamente oídos a sus apremiantes voces en demanda de auxilio.

Hay otro grupo que viene, no tanto a ayudar, cuanto a aconsejar, a decirnos lo que debemos hacer y a echarnos —incluso— en cara lo que a su juicio ha estado mal hecho. No dudamos, tampoco, de su buena intención y aceptamos sus consejos e incluso sus críticas. Pero hay veces que estas apreciaciones se hacen tan a la ligera, con unos criterios tan personalistas y con un conocimiento tan superficial de la realidad, que es para poner en duda —si no su intención— por lo menos la exactitud y la oportunidad de tales "orientaciones".

Concretamente (y prescindiendo de otros casos bien conocidos) el sacerdote belga Francisco Houtart, ha emprendido últimamente la labor de divulgar por una parte y por otra lo que, a su juicio, es la situación del catolicismo en Cuba, visitando en varias ocasiones dicho país y haciendo sugerencias sobre la mejor manera de sacar partido de la precaria situación en que se halla allí la Iglesia bajo la tiranía del comunismo.

No todos los que conocen esta situación se hallan de acuerdo con sus apreciaciones y menos con sus críticas. Publicamos a continuación la carta abierta que le dirige desde Roma el sacerdote cubano José Cortina de Varona.

Roma, 6 de marzo de 1965.

Rdo P. Francisco Houtart
Bruselas
Bélgica.

Reverendo Padre:

He pensado mucho si sería mejor escribirle o quizás entrevistarme personalmente con Ud. Pero la consideración de que las palabras se las lleva el viento, mas lo escrito permanece, me ha movido a dirigirme a Ud. por medio de esta carta.

Quien le escribe es un sacerdote cubano, de la diócesis de Camagüey, expulsado violentamente el 17 de setiembre de 1961. Mi nombre es José Cortina de Varona.

En primer lugar, creo oportuno refrescarle un poco las circunstancias de esa expulsión. Después de los sucesos de abril de 1961, en que la mayoría de las iglesias de nuestra diócesis fueron sacrilegamente violadas y los sacerdotes reclusos en prisión —culminación de una campaña sistemática de persecución religiosa, denunciada ya por el Episcopado Cubano en su Carta Abierta al Primer Ministro Dr. Fidel Castro del 4 de diciembre de 1960— yo permanecí junto a mis hermanos en el sacerdocio sirviendo en una parroquia. Por cierto que a las puertas de nuestras iglesias montaba guardia permanentemente una pareja de milicianos armados de ametralladoras. El 9 de junio del mismo año —ya habían sido confiscadas todas las escuelas católicas, la Casa de Ejercicios Espirituales, la

SEMBLANZAS DE JUAN RAMON....

el mar que yo decía, mas no duro,
paralizado en olas de conciencia en luz
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.

Todos los nombres que yo puse
al universo que por ti me recreaba yo,
se me están convirtiendo en uno y en un Dios.

El Dios que es siempre al fin,
el Dios creado y recreado y recreado
por gracia y sin esfuerzo.
El Dios. El nombre conseguido de nombres (14).

(14) Juan Ramón Jiménez. Libros de poesía, Aguilar, 1959, p. 1291 y 1292.

Central Diocesana de la JOC, etc.— todos los sacerdotes de Camagüey y la mayoría de las restantes diócesis de Cuba, recibimos una orden transmitida por miembros del G-2 (policía política del régimen), en la que se nos intimaba la salida del territorio nacional en cuestión de horas.

Algo más tarde, en la primera semana del mes siguiente, un grupo de sacerdotes, entre los cuales, —perdóneme la inmodestia— estaba el autor de estas líneas, regresamos de nuevo a nuestros puestos, ya que la Nunciatura nos había procurado amparo durante ese intervalo en La Habana. Por fin, el día catorce de setiembre, a las diez de la noche, fui detenido en mi casa parroquial de Santa Cruz del Sur y “trasladado” a punta de fusiles a la ciudad de Camagüey. Allí, en el Departamento Central del G-2, se me tuvo detenido durante la noche con otros nueve sacerdotes (seis de los cuales nativos de la provincia), víctimas de iguales medidas de secuestro. A la mañana siguiente se nos condujo hasta el aeropuerto de la ciudad, en ayunas y en completo desconocimiento de la suerte que nos podría aguardar, de nuevo bajo una fuerte escolta armada. En el viaje aéreo hasta el aeropuerto Rancho Boyeros de La Habana se nos asignó un miliciano armado a cada uno de nosotros, que nos mantenía bajo la más estrecha vigilancia. Allí nos dio la bienvenida un coro vociferante que no cesó de insultarnos, mientras se nos confinaba en un saloncito donde apenas cabíamos los diez de pie. Horas después llegó un vehículo, de los destinados a delinquentes comunes, y en medio de un gran aparato militar fuimos escoltados hasta el muelle de Santa Clara, en el puerto de La Habana. Inmediatamente se nos hizo abordar el barco “Covadonga”, de la Compañía Transatlántica, de donde no se nos permitió salir hasta su partida día y medio más tarde. En total éramos 131, entre sacerdotes y religiosos de diversas órdenes y congregaciones, sin más enseres que la ropa que llevábamos encima y desprovistos de toda documentación oficial, aun del pasaporte, y sin que, por supuesto, se nos hubiera hecho objeto de proceso o denuncia judicial alguna. El domingo 17, con el arribo de Monseñor Eduardo Moza Masvidal, Obispo Auxiliar de La Habana y Rector de la Universidad Católica, también él arrojado violentamente de su casa y cargo sin que mediara decisión judicial alguna, zarpamos deportados rumbo a Europa. Durante toda la travesía tuvimos que dormir en el suelo de la cubierta o en el de la bodega, por hallarse el barco sobrecargado de pasajeros. Un detalle significativo: contrariamente a lo que una cierta prensa intencionada ha publicado por allí, la mayoría éramos sacerdotes cubanos. Pero también figuraban en el grupo once canadienses, españoles y otros, oriundos de Italia,

China, Venezuela, Hungría y Honduras. Todos estos datos los estimo necesarios para comprender lo que a continuación paso a exponer.

Ya han transcurrido más de tres años desde esa expulsión masiva. Los sacerdotes cubanos hemos vivido y continuado trabajando en silencio fuera de la Patria, a fin de no entorpecer la obra posible de la Iglesia dentro de las difíciles circunstancias en que actualmente ha de desenvolver sus limitadas actividades en Cuba. Sin embargo, son muchos los hechos que me llevan a romper ahora este silencio, porque llegados a ciertas situaciones límites, el que calla otorga. Me refiero en particular a la campaña sistemática emprendida por Ud. desde hace más de dos años, con un nutrida serie de aserciones, las más gratuitas, sobre la Iglesia en Cuba, sobre sus sacerdotes y su acción apostólica.

Pacientemente he ido recogiendo esas manifestaciones suyas, unas veces impresas en cintas magnetofónicas, otras vertidas en “informes confidenciales”, lamentablemente conocidos por cualquiera que lo desee, y otras muchas en conferencias públicas como las pronunciadas en México, en Bogotá, en Madrid, en Lovaina, etc.

En particular, respecto a las informaciones “confidenciales” que Ud. tan diligentemente se apresura a enviar a organizaciones varias a título personal (al CELAM, la OCSHA, la revista “América” de los Estados Unidos, etc.), me permito hacerle algunas observaciones, que espero le podrán ser útiles a Ud. y a otros muchos, dada la amplia difusión de sus “confidencias”...

1. La lectura de tales informes deja una impresión por lo menos “extraña”. Más de un sacerdote amigo me ha confesado que pesa sobre ellos un fatalismo “socialista”, un determinismo histórico —no para Bélgica, sino para nuestra América Latina— un derrotismo moral apto a crear una conciencia de capitulación frente al comunismo; no una conciencia alerta y equilibrada, de respuesta constructiva y positiva ante el peligro. Más grave aún, a mi juicio, es el que Ud. se permita salpicar sus escritos con simplismos indemostrados, como el de que “un régimen comunista es la hora de la verdad”. Ello, es verdad, concuerda muy bien con la tesis “progresista” de la mediación necesaria de la Revolución Marxista para la edificación de la Iglesia auténtica. Pero no es la verdad profunda de la Iglesia, que no está condicionada a dialéctica de ninguna clase. Y, por supuesto, espero que en el futuro, sea Ud. más cauto en atribuirle a obispos cubanos interpretaciones sistemáticas, como la de que “hasta el advenimiento del régimen comunista la Iglesia actuaba en un clima de triunfalismo”. Esto ciertamente lo hace a Ud. muy popular en ciertos ambientes ideológicamente nebulosos de Europa, pero ello es bien ajeno a la “objetividad” de la que Ud. pretende hacerse paradigma.

2. En sus alusiones a los laicos, Ud., Padre Houtart, apunta repetidas veces el peligro de que ellos utilicen a la Iglesia como instrumento al servicio de sus intereses económicos o políticos. Que esto sea posible, es más, que desgraciadamente se dé con frecuencia, lo muestra la historia de la Iglesia en muchas venerables naciones europeas, por ejemplo Bélgica. Pero por otra parte tampoco conviene olvidar el hecho de los otros muchos laicos (y en Cuba hoy se cuentan por millares), que agonizan en las cárceles comunistas o han caído ante el piquete de ejecución gritando "Viva Cristo Rey", por haber sido consecuentes con los principios que la Iglesia enseña. Ellos no son menos ejemplares que los decantados héroes de la resistencia al nazismo veinte años atrás. ¡Con qué sobriedad escribía su compatriota el canónigo Jacques Leclercq, cuando el comunismo llegó a ser, no un régimen opresor desde el poder, sino tan sólo una amenaza bastante remota de alcanzarlo un día: "*Nous devons affirmer tres énergiquement, qu'un peuple a le devoir de se défendre jusqu'à l'extreme limite de ses ressources, plutot que se laisser absorber ou dominer par un Etat communiste... Au surplus, s'il est du devoir de tout peuple attaqué par le communisme de se défendre jusqu'à la mort, la charite fait aux autres peuples un dévoir de venir a son aide*" Lástima, Padre Houtart, que tal vez a su juicio estas actitudes valgan solamente para un pueblo noble y desarrollado como el belga, y no para ese tubo de experimentación económicamente "subdesarrollado" y con una Iglesia de mentalidad "clerical", "constantiniana" y "triumfalista", que es la isla de Cuba...

3. Por debajo de los párrafos de calculada frialdad sociológica de sus confidencias, se filtra, además, nuevamente otra suerte de dialéctica, esta vez entre la Iglesia cubana de ayer y la Iglesia cubana de hoy. Como si lo poco que de ello perdura en el heroísmo silencioso de tantos obispos, sacerdotes y laicos, no fuera la cosecha de tantos años de trabajo incansable. Me acuerdo aquí de la experiencia de un sacerdote cubano amigo mío en Aquisgrán, en fecha reciente. Asistiendo a una charla de un joven laico belga, al parecer muy favorecido por la amistad de Ud., Padre Houtart, que interviene en la distribución de los fondos de la obra "*Adveniat*" de los católicos alemanes en favor de América Latina, le oyó concluir con uno de sus dogmas preferidos: "En cuatrocientos años la Iglesia de Cuba no había hecho absolutamente nada..." "Tan comunista —le respondió mi amigo— como fue nazista el católico pueblo belga bajo la ocupación". De todos modos, esa exaltación sistemática de lo que se hace ahora en **contraste** con lo que se había hecho hasta la implantación del régimen castro-comunista, hecha coincidir sistemáticamente con esa presencia de un determinado régimen totalitario po-

lítico-económico-social, no deja de producir la impresión de que su sociológica "objetividad", querido Padre Houtart, es tributaria de ciertos prejuicios... políticos, económicos, sociales, y tal vez, teológicos.

4. Me permito de paso llamarle la atención, Padre Houtart, sobre la creciente irritación del catolicismo latinoamericano que, admirador, como todos los pueblos, de la obra evangélica de los auténticos apóstoles, asiste con desagrado a la denigración sistemática de nuestro pasado, un pasado que ha llevado muchas almas al cielo, ha ganado un continente para la Iglesia, ha enseñado el amor al Papa, Vicario de Cristo, sin restricciones mentales ni complejos históricos, y ha sembrado la piedad hacia la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia. Claro, es verdad, que todo esto es herencia de esa pastoral "sacramental" que Ud. tan bellamente contraponen a la pastoral de evangelización. Pero, una vez más, P. Houtart, tiene Ud. quizás que renunciar, por objetividad sociológica o no, a tan bella contraposición: la Iglesia —¡qué cosas tiene Dios!— es a un tiempo sencillamente Misterio de la Palabra y Sacramento... ayer y hoy. De todas maneras, no dudo que algo de bueno se puede derivar de esas "contraposiciones" para el empuje apostólico moderno de la Iglesia en todas las partes donde se espera de ella una siembra "ilustrada", por ejemplo, en el Congo ex-belga. No tanto quizás en un continente donde —según su parecer— el problema primordial es el del desarrollo económico, social y cultural (cf. "La Iglesia Latinoamericana en la Hora del Concilio", Feres, pág. 60).

En una de sus últimas conferencias —la "última" suya es siempre difícil de determinar, Padre Houtart, pues le confieso que me resulta difícil llevar al día el registro de sus monólogos— en la Universidad "Regina Mundi", de Roma, Ud. afirmó, entre otras muchas cosas, que numerosos sacerdotes y religiosos de Cuba habían sido por lo menos infieles al coraje que era de esperarse de ellos por amor a Cristo en los días difíciles de la instauración del socialismo marxista-leninista en Cuba. Esta acusación, como muchas otras del mismo género que Ud. ha insinuado "confidencialmente" en Europa y América, es demasiado grave para que quede sin respuesta. Por esto y porque estimo que es una falta grave de caridad cristiana —quizás atenuada por la apresurada superficialidad en que Ud. se ve obligado a exponer en pocos minutos problemas muy complejos— y aun por elemental sentido de justicia, me permito abundar algo más en este punto.

Como testigo presencial y protagonista en el papel de víctima, yo me atrevo a asegurarle que ninguna religiosa o ningún sacerdote o religioso abandonó tan "voluntariamente" como Ud. dice, su puesto apostólico en Cuba. Es pre-

ciso comprender y conocer la realidad en su conjunto y en sus detalles para poder hacer juicios categóricos tan graves e hirientes como los suyos.

La casi totalidad de los conventos y casas de religiosos fueron ocupados, al menos temporalmente, por las milicias armadas. Todas las escuelas, sin excepción, confiscada. Y aquellos religiosos y religiosas, sobre todo estas últimas, quedaron sin amparo y sin techo en medio del desconcierto general.

Por lo que toca a mis hermanos en el sacerdocio, yo podría contarle cientos de casos que conozco de primera mano, en que su salida de Cuba tuvo una evidente justificación. No por motivos "políticos", como Ud. maliciosamente sugiere, sino por razones humanas. Unos, es verdad, obedecieron una "orden meramente oral" de expulsión. Pero había que estar allí, Padre Houtart, para "comprender" lo que significa una orden "meramente oral", con una ametralladora en la mano del que la transmite. **Por si acaso, que conste que yo me quedé en Cuba.** (A propósito, ¿dónde estaba Ud. entonces?). Otros, en cambio, no esperaron la orden expresa de expulsión. Les bastó la tensión en crescendo del refinado terror "socialista". No de todo el mundo puede esperarse una reacción idéntica. Cada hombre es un mundo, y cada uno tiene a distinta profundidad de la epidermis su última reserva de resistencia. Pero es injusto, es gratuito, es muy poco sacerdotal, P. Houtart, que Ud. vaya de país en país, de capital en capital, de seminario en seminario, de convento en convento, de universidad en universidad, de sala de conferencias en sala de conferencias, de hotel en hotel, propalando la tesis de una infidelidad colectiva de la Iglesia de Cuba a su vocación pastoral. Mientras tantos hermanos suyos en el sacerdocio y en el seguimiento de Cristo eran sometidos a una implacable campaña de presión moral y social por parte de los sicarios de un régimen ateo y violento, Ud., mi fecundo Padre Houtart, viajaba infatigable, peregrino de una sociología cósmica muy alejada de las realidades, quizás para Ud. diminutas, de siete millones de cubanos. ¡Cuánto nos hubiera confortado haberlo tenido entre nosotros en aquellos días! Entonces dormíamos mes tras mes sin saber a ciencia cierta dónde amaneceríamos al día siguiente. Hoy Ud. visita nuestra "democracia popular", según dice, cada seis meses. Pero moralmente cierto de dónde amanecerá, Dios mediante, al día siguiente. Pues a otras diferencias se añaden las pequeñas de sus "traveler cheks", el amparo de un pasaporte extranjero y aun la protección "especial" de la Embajada de Bélgica en La Habana. Así se explica que en sus andariegos excursos sociológicos no haya podido detectar Ud. la aspereza de una persecución religiosa que Ud. minimiza. Sin embargo, otro sacerdote de su mismo país, un ami-

go verdadero de los pobres de Yavé, que varias veces visitara Cuba cuando a Cuba se la podía visitar en afanes apostólicos en favor de la Iglesia de los pobres y no para levantar tesis sociológicas a costa de la honra ajena, Monseñor Cardijn, ha abierto generosamente sus brazos a los perseguidos y se ha abstenido de generalizaciones cómodas contra hombres y mujeres, algunos de los cuales llora él como mártires de la JOC. Para Ud., Padre Houtart, medio millón de exilados de Cuba son a lo más una nota al pie de una página que confirme una de sus tesis. Para Ud., 600 sacerdotes arrancados a su trabajo apostólico son sólo hojas caídas de un árbol podrido, que Ud. no sembró. Para Ud., Padre Houtart, 200,000 hombres y mujeres que han sobrevivido a las cárceles marxistas de Cuba o han caído ante el pelotón de fusilamiento (entre los cuales se cuentan congregantes marianos, jocistas, jecistas, hombres y mujeres de Acción Católica) son tan sólo el motivo de una alusión a la justa vindicta de la revolución comunista. Ellos no merecen atención, al menos no la que merecen sus amigos de sus entrevistas en el aire depurado de los despachos de los verdugos del régimen. Para Ud., todo eso es pasado, pasado que para Ud. no puede contar por aquello de que si el pasado no entra en su dialéctica sociológica tanto peor para el pasado. Un pasado que perdura en los 45,000 presos "políticos", la inmensa mayoría jóvenes (y muchos de ellos católicos y protestantes) de las clases más humildes de nuestro pueblo, que pagan lentamente tras las alambradas de los campos de concentración —que Ud. por cierto no ha tenido tiempo de visitar— el haber permanecido fieles a lo que en el "pasado" aprendieron, como Ud. —¿o Ud. no tiene pasado?— de las enseñanzas de la Iglesia. Lástima nuevamente, P. Houtart, que un paladín de los derechos de la persona humana como Ud., no haya "podido" manifestar su desacuerdo, públicamente, con las penas de trabajos forzados a que se ven sometidos los presos "políticos" en Cuba hoy. Un pasado que se agiganta ahora en el corazón angustiado y adolorido de tantas madres y tantos padres de familia, que ven a sus hijos crecer día a día en el adoctrinamiento metódico para el ateísmo y el odio a lo cristiano. ¡De qué otra manera comprendería su santa madre, Padre Houtart, el dolor de esas madres del presente, que sufren las consecuencias del pasado! Un pasado que se prolonga desde hace cinco años en los centenares de miles de familias heridas por el brutal arranque de los obligados al exilio o al clandestinaje, entre los cuales se cuentan no pocos centenares de sacerdotes y religiosos, que, no menos que Ud., Padre Houtart, aprendieron en el pasado a amar y a seguir a Cristo. Un pasado que, por arte de malabarismo sociológico, Padre Houtart, puede Ud. sacrificar como un medio para alcanzar un fin, que es el "presente" suyo en el horizonte ideológico latinoamericano, y que le

concedo que de veras para muchos es ya definitivamente pasado: a los muertos, Padre Houtart, recogidos al pie del paredón, Ud. sabe que aún no les ha llegado la hora de su resurrección. Con todo, cuando Ud. vuelva a Cuba, querido Padre Houtart, y se aloje confortablemente en la calle 12 del Reparto Miramar o en alguna residencia del Vedado, y salga a los elementales quehaceres del pan ganar uniéndose a una cola de hombres y mujeres de nuestro pueblo provistos de su magra cartilla de racionamiento —¿o Ud. no la usa cuando pasea por Cuba?— coincidirá conmigo en que el pasado, enterrado o no, nos promete un futuro mejor: porque “la sangre de los mártires es semilla de cristianos”.

Hay otra “confidencia” suya, que desearía aclararle confidencialmente. Según ella, los sacerdotes que son objeto de la persecución al advenimiento de un régimen comunista, eran los más identificados con el “régimen derrocado”. En el caso de Cuba ello es sencillamente falso. Cuando Ud. lo desee, yo le puedo proporcionar la hoja apostólica de servicios de los 132 sacerdotes y religiosos expulsados conmigo. Considero la insinuación contenida en su conferencia a veces desleal, porque pese a incluir Ud. expresamente en esta tesis a Polonia, el informe suyo está volcado enteramente sobre el caso concreto de Cuba, esa Cuba que Ud. tuvo oportunidad de analizar sociológicamente en su brevísima visita de 1960 y sus dos ulteriores excursiones de unos días en junio de 1963 y julio de 1964. Recuerdo que con nosotros venía expulsado el Padre Angel Rivas, Capellán de las guerrillas rebeldes de la Sierra de Cristal (bajo el “comandante” Raúl Castro), por el mismo camino del franciscano Padre Lucas de Iruretagoyena, y el P. F. Guzmán, jesuita, de la columna “José Martí”, comandada personalmente por Fidel Castro y el también jesuita Padre Caverio, Capellán del Segundo Frente del Escambray. Pero ya sé que este testimonio a Ud. poco le dice, porque si el “pasado” no entra en su esquema, tanto peor para el pasado. Por ello omito ulteriores ejemplos de casos mucho menos “esquemáticos”, como el de un Padre Guerra, de 90 años, y arterioesclerótico, o un Padre Esteban Rivas, S.J. (que en paz descanse), de 84 años, debilitado por la sangría de una pierna recientemente amputada, o un Padre Juan del Río (que en paz descanse), o un Padre José Rubinos (que en paz descanse), o un Padre Trinidad Torrebaja (que en paz descanse), etc., etc., todos ancianos beneméritos dignamente expulsados por sus peligrosa identificación con el “régimen derrocado”...

Pero hay un punto de su actividad presente que me interesa más. En sus andanzas a Cuba, Ud. no pierde ocasión de trabar contacto con algunos grupos de laicos católicos cubanos, para “orientarlos” en lo que toca a la colaboración política con el régimen socialista-marxista-leninista de Cuba.

Lástima que de esto Ud. no se explaye confidencialmente en sus informes! A no ser que lo haya querido decir cuando aconseja en sus confidencias la publicación por parte de los laicos de “revistas aun en un cierto *modus vivendi con el gobierno*”. Respetando la libertad que la Iglesia deja para estos casos, me permito sugerirle que tal vez sea sumamente peligroso que un sacerdote —y además extranjero— asuma una tal responsabilidad sin mandato expreso de los obispos cubanos. Sé de varios casos —y estoy dispuesto a darle más confidencialmente nombres, fechas y lugares— en que sus instrucciones han producido confusiones lamentables. Pero lo que más me admira es que un hombre como Ud., que participa en la elaboración del Esquema XIII del Concilio, donde tanto se insiste en la diferenciación de los órdenes y de las instituciones, se tome la libertad de inmiscuirse, como asesor político, en un país ajeno cuya mentalidad, historia y problemática apenas conoce y cuyas realidades son muy complejas —como las de todos los países— para ser esquematizadas por un turista inteligente. Yo le aconsejaría modestamente —porque no soy sociólogo— reducir apresuradamente el volumen y el ámbito de su ingerencia en Cuba. No se angustie por ello, querido Padre Houtart: nuestros obispos cubanos han actuado hasta ahora con más de la prudencia suficiente, para que sea necesario además el magisterio político personal de Ud. Sé que Ud. me agradecerá de todo corazón esta advertencia fraternal, como yo le hubiera agradecido a Ud. una semejante si en los años 40 me hubiera puesto a asesorar a los católicos belgas en sus relaciones políticas con León Degrelle u hoy día administrara sabios esquemas para solucionar el problema Flamenco-Valón. ¿No es verdad, Padre Houtart? Por tanto: es mucho el por hacer apostólico en Cuba hoy, para que Ud. distraiga a algunos grupos de laicos de La Habana y de Camagüey en una determinada dirección política. Ello siempre ha sido difícil para uno extranjero, e imposible prácticamente para quien antes no hubiera derramado un sudor laborioso durante años en los surcos de nuestro pueblo sedientos de trabajo pastoral y apostólico.

Aprovecho para hacer aquí una mención de honor de los seis sacerdotes belgas que han podido entrar a Cuba hace un año. Por cierto, que parece disponían de informes de Ud. no muy exactos sobre la situación de Cuba. Uno de ellos, antes de partir, le decía a otro sacerdote cubano amigo mío en Madrid: “Ya quisiéramos nosotros los belgas que nuestros laicistas se comportaran respecto a la Iglesia como los así llamados “comunistas” cubanos”. Un año de experiencia personal les ha bastado para cambiar de opinión. Más significativo es que Mons. Van der Perre, Rector del Collegium Pro América Latina, de Lovaina, se decidió a hacer un viaje

a Cuba el verano pasado, para estudiar la posibilidad de envío de nuevos sacerdotes de su colegio a Cuba, y semanas después, a la petición en ese sentido de los obispos cubanos, hubo de dar una respuesta negativa.

Creo que es hora, Padre Houtart, de que comience a rectificar sus esquemas teóricos; tanto más cuanto que ellos pueden involucrar injustamente a obispos beneméritos de la Iglesia, con razón todavía llamada del Silencio. ¿A qué iban, por ejemplo, aquellas alabanzas entusiastas a la "apertura" que Ud. atribuía al Arzobispado de Cracovia, en contraposición a las críticas repetidas de Ud. a la "intransigencia" y "cerrazón" del Cardenal Wyszyński? ¿Y por qué Ud. propalaba ese otro tipo de "confidencias" en cenáculos cerrados, durante la última sesión del Concilio, cuando no había oportunidad de respuesta y control por parte de los interesados frente a afirmaciones de tanta gravedad? Eso se podría esperar de un miembro iluso del Movimiento "Pax", pero no de un "sociólogo" que pretende ser objetivo como Ud. e intérprete de "los signos de los tiempos".

Quizás yo esté quemando pólvora inútilmente; porque en el fondo no se dan en Ud. determinados errores teóricos en relación al diálogo con el comunismo en el poder ni ciertas imprudencias y faltas de tacto del orden práctico, sino más bien una deficiencia de conjunto, que reside probablemente en su actitud fundamental de acercarse a todos los problemas de la vida. Ud., Padre Houtart, quiere abarcar demasiado. En un mundo crecientemente complejo, esto es crecientemente peligroso. Esto, para un sacerdote, vale máximamente cuando se quiere arrancar, como es el caso suyo, desde ciertas nebulosas premisas de fe y de teología. Esto lo vi confirmado de nuevo días atrás al leer un libro cuya responsabilidad Ud. comparte y que fue profusamente distribuido entre obispos, sacerdotes y laicos latinoamericanos la víspera de las dos últimas sesiones conciliares. No anticipo un juicio; sólo pretendo saber si estoy equivocado en la explicación última que acabo de hacer sobre la raíz de sus divagaciones doctrinales y sociales. Tanto en la edición castellana como en la francesa de "Las tareas de la Iglesia en la América Latina", publicadas en español por el FERES, aparece en la pág. 74, sobre el importantísimo tema conciliar de la colegialidad episcopal, una enumeración de "principios", cuyo principio sinceramente le confieso que no entiendo. Para Ud. y sus colaboradores, es de "institución divina que Cristo ha formado colectiva-

mente doce apóstoles para ser los pilares de la Iglesia y los mensajeros de su fe. Los obispos son colectivamente sucesores del colegio apostólico. Esta unidad y esta colegialidad son primeras; después han aparecido el primado petriño y las otras especializaciones de funciones. Importa pues distinguir la colegialidad episcopal universal, de institución divina, y sus expresiones plenarias o parciales, que no son sino de derecho eclesiástico". (El subrayado es mío, pero el paralelismo no). Por tanto, Ud., que es perito conciliar, explíqueme a mí, que durante años no pasé de ser un modesto cura rural: ¿Cómo se armoniza ese principio con la Constitución Dogmática I "De Ecclesia Christi" del Concilio Vat. I, y la Constitución Dogmática del Conc. Vat II "De Ecclesia", incluida la nota explicativa previa para la interpretación auténtica de esta última?

En fin, querido Padre Houtart, si Ud. se limitara (y ya sería muchísimo) a ayudar a nuestra probada Iglesia de Cuba con sus consejos sacerdotales, con un asesoramiento sociológico realmente técnico, promoviendo además la afluencia de nuevos sacerdotes (que incluyera el regreso de los expulsados con Monseñor Boza a la cabeza) para un trabajo apostólico tan riesgoso como difícil; si lo viéramos a Ud. en su vida personal y en sus manifestaciones teóricas vivir con los que "viven" en país comunista y no contemplarlos desde fuera como conejillos interesantes para un laboratorio de esquemas; si incluso se restringiera a la buena acción de samaritano e hiciera llegar a esos obispos, sacerdotes y laicos la ayuda generosa económica, con discreta delicadeza, que excluyera todo chantaje social y político, nada tendríamos que objetar y sí mucho que agradecerle. Pero si Ud. continúa enderezando su siembra "sociológica" a una nebulosa experimentación con los que sufren (y somos muchos), y a la difamación de sus hermanos en el Evangelio, no me quedará más remedio que salirle al paso, y esa vez con más energía, conforme a la fortaleza cristiana que exigen de nosotros (también de Ud.) los más elementales requerimientos de la justicia y de la caridad ultrajadas. Confío en su sinceridad, queda a su disposición para cualquiera ulterior fundamentación de lo aquí expresado.

José Cortina de Varona, Pbro.

(Viale Manzoni, 30, Roma; después del 12 de marzo: Obispado de Santiago de los Caballeros, República Dominicana).